

AVES MIGRATORIAS

Miguel Molero T. apareció por el cuartel tras un permiso veraniego. Su rostro franco mostraba cierta pesadumbre, como si tuviera hemorroides, lo que interpreté como consecuencia del retorno obligado a la mili africana después de cuatro semanas de holganza en el foro. Peor que eso.

-Es que salí con una chavala. Se llama Pepa. Estoy tibio, cago en los mengues. Pienso mucho en ella.

Era un tipo risueño, macizo, sobre el metro setenta, con unas manos grandes de dedos como morcillas. Noblote, simple, de mirada carente de subterfugios. Mantenía siempre fruncida la estrecha frente, como si estuviera procesando con dificultad cuanto llegaba a su mente. Nacido en el barrio madrileño de Chamberí, había adquirido la condición de castizo. Utilizaba un argot chuleta propio del entorno donde se crio, tanto en el léxico como en la pronunciación. Reparé en él cuando meses antes desembarcamos en Ceuta en la arribada inicial y nos dirigíamos al cuartel de transeúntes donde habían de darnos el primer repaso. Íbamos en fila desangelada, cargando con las maletas. Al cruzarnos con una chica, soltó esta perla inolvidable:

-Adiós, coño alegre. Me comería tus zancas.

Sin embargo, era enormemente tímido con las mujeres al tenerlas delante. Cuando bajábamos de paseo a Tetuán, solos o con otros desplazados, teníamos ocasión de relacionarnos con chicas de allí, siempre gozosas del aire renovador que aportaba la soldadesca a la población española. Todos pasábamos gratos momentos de charla con ellas, menos él, que se refugiaba en silencios temerosos o en balbuceos poco inteligibles. De hecho, nunca había tenido novia.

A pesar de que estábamos en la década de los sesenta, entre los miles de reclutas había cientos de analfabetos. Para mi asombro, Miguel era uno de ellos. No sabía escribir y leía con dificultad. Sorprendentemente no era el único madrileño en esa guisa. Ya en el campamento de instrucción buscó mi compañía y yo me encargué de escribir a sus padres.

Miguel trabajaba en un taller de recauchutados, poniendo parches a los neumáticos. Con asiduidad frecuentaba un local de baile situado en la glorieta de Quevedo llamado "Las Palmeras" donde por las noches sólo iban mujeres para mercadear con sus atributos y con las que él satisfacía las necesidades de su entrepierna. En las tardes de los fines de semana era un baile abierto y acudían chicas normales para buscar novio o entretenerse.

-No es una pelandusca -dijo, para dejar claro que su chica no era mujer de nocturnidades-. Es una chica honrada. Siempre va con sus amigas.

-¿Cuánto hace que la conoces?

-Hemos hablao diez tardes. He quedao en escribirla. Tienes que hacerlo por mí, macho.

-¿Qué relación quieres establecer con ella?

-Coño, para... Bueno, me gusta. Quisiera que me escribiera, ser amigos. Por eso quiero que la escribas, como haces con mis viejos. Pero debes hacerlo como si fuera yo.

No era lo mismo. Los padres sabían de la condición del hijo y que las cartas se las escribía un compañero. Pero aquí se trataba de engañar a una chica. ¿Qué ocurriría si ella se interesaba en serio hacia la personalidad falsificada? Por el momento yo tenía una novia con la que me cruzaba encendidas cartas de amor. ¿Qué lenguaje debía emplear con esa chica desconocida? ¿Era aconsejable una tarea semejante, eso de meterse en los sentimientos ajenos e incentivarlos con prosa apócrifa? Menuda responsabilidad. Me negué a ello.

Pero él insistió. En verdad que lo suyo no era un interés pasajero. Adelgazó. Se le puso la cara amarilla, como si en vez del corazón fuera el hígado quien padeciera de tormento. Tuve que acceder antes de que empezara a hablar en chino y se le esquinaran los ojos.

Me entregó una dirección, al parecer escrita directamente por ella. Pero no tenía fotografías. Y sus descripciones sobre la muchacha eran inmanejables. Resultaba difícil dirigirse a una chica desconocida e ignorada, haciéndolo como si hubiera paseado con ella. La letra de la dirección era bonita pero insuficiente para situar el nivel de la persona. Establecí mis cálculos teniendo en cuenta el lugar donde se conocieron. Y medí su interés hacia mi amigo por las características personales de él, al margen de su condición analfabética, que ella ignoraba. Miguel tenía presencia marchosa y sus facciones estaban bien dibujadas. Eso era lo que la atrajo y sobre ello debía armar mi estrategia.

Así que le escribí una primera carta, con una letra inventada y algunas faltas de ortografía desparramadas. Una sencilla misiva recordando los momentos pasados y el deseo de volver a verla para ampliar la amistad y poder pasear con ella a solas, sin escopetas. Sorprendentemente, ella contestó. Aparte de su agradable letra, las oraciones estaban razonablemente construidas y apenas tenía faltas, lo que me obligó a modificar mis planteamientos. Contestó por segunda vez y ya no dejó de hacerlo. Habíamos conseguido interesarla.

Cuando llegó el invierno, a Miguel le dieron otro permiso navideño de un mes. Volvió entusiasmado. Su relación con la chica había llegado al noviazgo. Estaba embalado.

-Fetén, cabo. Pepa ya es mi chorba. Está mu enamorá. Lleva siempre mis cartas en el bolso. Las enseñó a las amigas y toas me miran como si yo... Tenemos que seguir.

El asunto era notablemente diferente. No sólo porque tendría que escribir cosas íntimas sino porque la relación derivaría en una situación de auténtico fraude, con resultados imprevisibles, quizá dolorosos, cuando se descubriera el pastel. Pero el incipiente noviazgo no podía quedar a medias ni era oportuno confesar la verdad. Podría romperse algo bello. Para solucionarlo, y en la convicción de que nos quedaban todavía unos cuantos meses de mili como consecuencia del fin del Protectorado, decidí enseñar a escribir al Romeo, algo que quise hacer al principio y a lo que se resistió. Ahora era imperativo.

Aves migratorias
Joaquín M. Barrero

Así que poco a poco, y mientras yo mantenía la correspondencia, él fue descubriendo el alfabeto y lo que le sigue. Le obligué a copiar la letra que me había inventado para ella, cogiéndole la mano como se hace con los niños. Y así un día, meses después, ya le escribió la primera carta, por supuesto que dictada. Sólo hubo tiempo para otra más. Para entonces yo había besado y abrazado a la chica en nombre de Miguel en cada misiva y le había entregado hermosas promesas.

Cuando nos licenciaron, me la presentó. Era una chica alta, enjuta, morena y tenía tanta felicidad en su rostro que le hizo parecer bella. Me sorprendió su voz agradable, casi culta, aunque ya durante la correspondencia advertí que estaba por encima del nivel en que la catalogué al principio. Trabajaba de auxiliar administrativo en una agencia de viajes. Miraba a Miguel con tanto arrobo que él se mostraba entre orgulloso y azorado. Fue un momento atosigado de perennidad para mí. Porque aquella mili, con su feroz lejanía, el largo lapso temporal y el efecto negativo de la falta de roce, había deshecho muchos noviazgos, incluso matrimonios, y dejado muchas vidas en encrucijadas. Mi relación con aquella novia que lloraba agarrada a mi cuello cuando el tren partía en la estación de Atocha y que sostuvo cientos de mis noches en la distancia obligada, se quebró. Mis cartas dejaron de ser hermosas para ella y los mensajes que contenían no suscitaban los ecos de felicidades juradas. Y así el amor se disolvió inmisericorde. Sin embargo, para Pepa, las epístolas fraudulentas salidas de mis mismos sentimientos fueron la llave que abrió su amor hacia mi amigo y llenó su alma de sueños. Cartas que para la amada desvanecida ya no decían nada y que para otra joven enamorada lo decían todo.

La boda se celebró pocos meses después. Fue en el templo de Santa Teresa y Santa Isabel, situado en la glorietta del Pintor Sorolla, más conocida por de la Iglesia. Hubo mucha gente, todos celebrando ese gran amor surgido de una correspondencia africana. Era una tarde de invierno, con el sol asociado a nubes blanquecinas. Bandas de aves migratorias diseñaban juegos geométricos en el cielo mientras se desplazaban hacia distancias programadas genéticamente desde hace miles de años. En aquel destierro africano las había visto muchas veces volando hacia el norte mientras soñaba en el reencontro demorado, deseando ser una de ellas para cruzar el Estrecho de Gibraltar y fundirme en los besos anhelados. Pareció como si en ese atardecer nupcial aún estuvieran señalándome el camino hacia la esperanza. Lo sorprendente fue que Pepa se detuvo en la puerta del templo y miró hacia ellas. No dejó de observarlas con lágrimas en los ojos, la comitiva asombrada y expectante, hasta que las últimas se perdieron tras los edificios. Luego, durante el ágape, confesó que siempre le había emocionado el paso de esas aves y que en esa ocasión lo había interpretado como una confirmación de la felicidad brindada en las cartas.

No muchos inviernos después les visité durante uno de los viajes que hice a París. Habían seguido el impulso de los millones de españoles que emigraron a diversos países de Europa. Los dos trabajaban allí, de porteros en un edificio sólido cerca de la Plaza de la Estrella. No tenían niños, condición impuesta para optar al empleo. Les permitían ocupar gratuitamente uno de los cubículos abuhardillados situados por encima del último piso noble de la propia casa, en el camaranchón perimetral; un cuartucho de unos doce metros cuadrados, con un ventanuco inclinado que sólo permitía ver otros pizarrosos tejados, nunca la calle. Debían compartir el baño con un elenco de emigrantes que llenaban todos los habitáculos contenidos en ese espacio del inmueble, cuya función ori-

Aves migratorias
Joaquín M. Barrero

ginal era la de trasteros. Los propietarios parisienses descubrieron un filón al alquilarlos a los cientos de inmigrantes llegados en avalancha en aquellos años.

Fue un encuentro muy agradable pero con el punto de desilusión que la realidad impone normalmente sobre el romanticismo de los tiempos primeros. Miguel no había cambiado respecto a sus limitadas aptitudes. Pepa ofrecía una imagen vulnerada de rutina sobre su delgadez enquistada. Les invité a comer en un restaurante, algo que ellos no hacían desde que llegaron. No se lo podían permitir, sojuzgados por la imposición del ahorro, que es el catecismo de los emigrantes. En el establecimiento se mostraron cohibidos, fuera de lugar. Pepa miraba a los demás comensales con los ojos húmedos. Tuve que desarrollar mis mejores artes para que hubiera estribillo de sonrisas, a lo que colaboró el buen vino francés. Al final del largo reencuentro, mientras él abatía su mirada emocionada, ella habló con voz cargada de sinceridad y reminiscencias.

-Miguel es un hombre bueno. Y le quiero. Siempre creí lo que me decía en aquellas cartas de la mili, con las que me enamoró. Cuando me trajo a París pensé que se iban a realizar los sueños prometidos. Pero esta es una ciudad fría, nubosa, gris, la mayor parte del año. Es buena como telón de fondo para las películas y para hacer visitas turísticas. Pero dura, cara para vivir, incluso hostil. Y más para los emigrantes. Llevamos aquí cinco años. Puedes ver qué vida llevamos. Gastamos lo imprescindible. A veces ni eso. Nuestro deseo es volver a España cuando hayamos ahorrado lo suficiente para comprarnos un piso en Málaga, de donde es mi familia. Poder sentir el sol cada día y encontrar allí un buen trabajo para los dos: un taller para él, una oficina para mí. Y tener niños... -Lanzó un suspiro prolongado y su rostro se llenó de luces-. Aún podemos alcanzar ese horizonte de brillos y belleza que aquellas cartas ofrecían. Y volver a contemplar el paso de las aves migratorias. Aquí no las he visto nunca.

Más tarde, solo, me asomé al Sena. Sus aguas oscuras no tenían nada de románticas. Hacía frío de cuchillo y todo tenía un barniz grisáceo, cielo y árboles incluidos. La Torre Eiffel estaba secuestrada de la mitad hacia arriba. Ningún pájaro humanizaba el paisaje y no había bandadas de aves compitiendo bajo las nubes acerosas.

No he vuelto a verles ni a saber de ellos. Nunca supe si Pepa conoció la verdad. Confío que sus inducidos ensueños se hayan realizado. Porque muchas veces he visto a esas aves migratorias volando hacia el sur.

Joaquín M. Barrero